

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

EL ALTO EL FUEGO LLAMADO PAZ

Por mucho que se rastreara la Historia no se encontraría similar ejemplo de negociaciones como las celebradas en dos tiempos en París por el consejero del presidente Nixon, Henry Kissinger, y el miembro del Politburó y delegado de la República Democrática de Vietnam, Le Duc Tho, con el intermedio de nuevos bombardeos en Vietnam del Norte. En primer término, por darse la paradoja de negociarse el alto el fuego de una guerra que oficialmente no existía, toda vez que los Estados Unidos no habían declarado la guerra a Vietnam del Norte ni éste a los Estados Unidos. De otra parte, en esa contienda no oficial, pero real, los Estados Unidos y la República Democrática de Vietnam sólo ostentaban el papel de aliados respectivos de los verdaderos adversarios que eran —y no han dejado de ser— la República de Vietnam y el Vietcong, ambos survietnamitas, pero ideológicamente opuestos. Por si fuera poco, tanto como la retirada de fuerzas norteamericanas y la devolución de prisioneros en poder de Hanoi, los aliados de los dos bandos enfrentados consideraron las condiciones políticas que pusieran término al conflicto entre survietnamitas, con la particularidad de que si Vietnam del Norte ha negociado de consuno con el Gobierno Revolucionario Provisional, los Estados Unidos han actuado en la primera fase de las negociaciones, manteniendo una pelotera con Saigón, posiblemente incitado a negarse al sacrificio, cuyas modalidades discutía Kissinger, por el Pentágono. Porque la presión del Pentágono acaso no haya sido ajena a la decisión de que se aplazara el 31 de octubre la firma del acuerdo de alto el fuego, finalmente rubricado el 27 de enero con leves retoques. Es decir, que ha terminado como el rosario de la aurora el apoyo decidido que durante años y años Washington ha prestado al Gobierno de Saigón para rechazar «la agresión comunista», ya que «la defensa de los países libres» ha sido su justificación permanente para meterse de hoz y de coz en el conflicto vietnamita.

Pero a la postre, Washington ha optado por desentenderse, o poco menos, de la «agresión». Es un viraje de 180° que puede asestar un golpe considerable al prestigio de los Estados Unidos y a la confianza en su apoyo, de llegar el caso.

Por lo demás, los términos del acuerdo distan de constituir una noticia. Para anticiparlos, bastaba repasar los implacables «nueve puntos» señalados desde hace tiempo por el Gobierno Revolucionario Provisional, puntos coreados por Hanoi, o atenerse al discurso pronunciado en Pekín el 2 de septiembre por el embajador Ngo Thuyen. No permitían esperar concesiones sustanciales del Vietcong o Hanoi. Pueblos que, como el de Vietnam del Norte, y sus aliados del Sur, han soportado durante años una guerra singularmente devastadora no claudican cuando se evidencia que el adversario se ha convencido de que por ese camino no se desembocaba en una victoria que los Estados Unidos daban por descontada. Que el negociador norvietnamita haya cedido algo en la segunda fase de las negociaciones es normal. Se debió a la rebaja prevista en todo regateo y no a la mano izquierda del *missi dominici* del presidente Nixon, que en el mes de octubre se disponían a cargar al alimón con la responsabilidad de un acuerdo susceptible de afectar el futuro de los Estados Unidos y en parte el de su clientela. Es decir, la trascendencia de ese alto el fuego, que con trabajo puede asimilarse a la paz en el sureste asiático. De ahí la vacilación en vísperas de las elecciones presidenciales, debida a presiones no reveladas, pero no difíciles de identificar. No obstante, tanto el acuerdo de octubre como el de enero entraña no pocas consecuencias internas y externas para los Estados Unidos.

Sin embargo, tal circunstancia no gravitará sobre las relaciones de Washington con Moscú, donde en el pasado mayo, pese a los bombardeos de Vietnam del Norte y al bloqueo del puerto de Haifong, todo fueron buenas componendas. Tampoco modificará la situación existente con China Popular, cuyo problema máximo no está en sus fronteras del Sur, sino en las del Norte, si bien el término de la guerra favorecerá sus intereses. Sin desplegar mucho ingenio, podrá presentar el hecho como una victoria asiática e ideológica y «un ejemplo de que un país débil puede derrotar a un país poderoso...», escribiendo brillantes páginas en la historia de la lucha de liberación nacional del mundo», como decía recientemente *Bandera Roja*. Ello abre la puerta a nuevas luchas en este o aquel continente. Por lo demás, acordado el alto el fuego, no reina precisamente satisfacción en los países comprometidos junto a los Estados Unidos en el sureste asiático: Tailandia y Camboya

en particular y, en menor medida, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda. Porque el alto el fuego en Vietnam es la partida de defunción de los compromisos del ANZUS y la SEATO, o sea, del sistema de seguridad colectiva instaurado por los Estados Unidos en Asia y el Pacífico, que implicaba su intervención en cualquier conflicto en esas áreas. Ya no cabe esperar tal. Por ello, precavida, Corea del Sur se encamina desde hace meses hacia la reunificación con Corea del Norte; Laos dialoga a la chita callando desde el otoño con el Pathet-Lao, y Australia trata de acercarse a Pekín. Pese a la guerrilla de inspiración maoísta que pulula en sus islas, también Filipinas mira hacia China Popular, que, sin haber comprometido un solo soldado en la guerra de Vietnam—no más que la URSS—, será posiblemente la que mayor provecho saque de lo que el presidente Nixon se esfuerza en presentar como «una paz honrosa». En el mejor de los casos, tal paz dejará pendiente un grave problema de reconstrucción en ambos Vietnam. Con el afán de resolverlo, Washington ha desempolvado un viejo remedo del Plan Marshall, preparado para el sureste asiático de la posguerra. A él se refirió el presidente Johnson en su discurso de Baltimore de abril de 1965, apuntando la cifra de 1.000 millones de dólares para su puesta en marcha. Ahora se habla de 7.000 millones de dólares. Pero las circunstancias se han modificado en Asia de entonces a esta parte, y sería aventurado confiar en que los Estados Unidos podrán seguir presentes activamente en ese continente al socaire de lo económico, en particular cuando Japón se ve impulsado a alterar sus corrientes comerciales e inversionistas frente a los recelos de Europa y los Estados Unidos. No más fortuna parece tener una concentración de fuerzas norteamericanas en Tailandia, que, a su vez, ya no le hace dengues a China Popular.

Pero cualquiera que sea la posición futura de los Estados Unidos con relación a Asia, de esta larga e incoherente guerra se desprende una lección: la de que todo el poder atómico norteamericano no ha impedido la acción roedora de las fuerzas del Vietcong y norvietnamitas, lo que otorga a los conflictos localizados de tipo subversivo una capacidad de victoria susceptible de incitar a la multiplicación de liliputienses, ansiosos de paralizar a Gulliver. Y acaso sea ésta la más grave consecuencia de un alto el fuego que sólo la arrogancia del fracaso, sustituyendo esa «arrogancia del poder» que denunciara al senador Mansfield, puede llamar paz.

SECUELAS DE LA CRISIS CROATA EN YUGOSLAVIA

Evidencia lo limitado de la capacidad humana de atención el hecho de que los focos informativos sólo iluminan una parte reducida del escenario internacional y dejan en la penumbra o la sombra lo que acaece en el resto del mundo, salvo de registrarse allí algo espectacular. Y así se desarrollan procesos que, marginales en apariencia, entrañan el riesgo de incidir algún día en cuestiones que nos afectan directamente, como, pongamos por caso, la proyección soviética en Europa y el Mediterráneo.

La digresión viene a cuento de la crisis, no del todo superada, en Yugoslavia, remecida en sus honduras desde finales de 1971, y a la que ha aludido el presidente Tito en discurso pronunciado el 12 de diciembre en Lubljana, capital de Eslovenia. Aquella crisis se inició en Croacia, debido—según dijo Belgrado— a las actividades de un núcleo de perversos separatistas infiltrados en la Universidad, en los medios intelectuales y hasta en la Liga de Comunistas de esa República, que las huestes de Tito, en 1945, incluyeron en la República Federativa Popular de Yugoslavia, después de purificarla de su breve independencia en un pavoroso baño de sangre. Originada por los separatistas, por autonomistas o, como mera protesta, por el predominio servio en la administración, la policía y el ejército, la tensión en Croacia se impone en definitiva como una constante de la vinculación servio-croata. Y, naturalmente, a ese mal se le aplicó la clásica cirugía de las detenciones, los procesamientos y las destituciones. Mas he aquí que, enérgicamente sajado el tumor croata, se evidenció el deficiente estado general del enfermo. No cabe admirarse: con monarquía o «titoísmo», Yugoslavia sigue siendo el país un tanto artificial que surgió de la Primera Guerra Mundial y del desmembramiento del Imperio austro-húngaro, consagrado por el Tratado de Saint-Germain. Sólo la habilidad de funámbulo del presidente Tito ha logrado dar una apariencia de cohesión a ese conjunto de partes tan dispares que en lo interno se proclama comunista, sin practicar el comunismo y en lo internacional aboga por un neutralismo que torna generosos a los occidentales y permite a Yugoslavia dárselas de guía de la patulea de países del Tercer Mundo que se ufana de ir a su aire. Pero el cúmulo de contradicciones que se derivan del marxismo-leninismo en versión de Tito y del papel singular que Yugoslavia ambiciona en el ámbito internacional, se han imbricado hasta constituir una barrera contra la que se estrella la política de balancín practicada durante mucho tiempo por un dirigente que está en su ocaso.

Tal indica la serie de destituciones, dimisiones y escándalos que se han sucedido en Yugoslavia. La situación exigía remedios drásticos. De ahí que las directrices del pasado 18 de octubre, destinadas a la Liga de Comunistas, preconizara arremeter contra «todos los adversarios ideológicos y políticos y contra todos aquellos que colocan su interés egoísta por encima del interés de la clase obrera y la sociedad», o sea, contra muchos. Una ingente tarea aguarda a los llamados a sanear esa situación, que el esloveno Stane Polanc, que ha salido recientemente a la palestra con bríos de dirigente del futuro, ha estimado ser «una fase de la revolución singularmente difícil». De hecho, tal fase se parece a un juego de pimpampún. Así, en tres semanas, acusados de «liberalismo», cayeron en octubre tres importantes dirigentes serbios, entre ellos Kolcha Popovic. Anteriormente, también acusado de «liberalismo», había caído el ministro de Asuntos Exteriores Mirko Tapavac, que tenía programada una visita oficial a Francia a primeros de noviembre. La lista podría alargarse con nombres de políticos y funcionarios que, al socaire de una legislación que ponía en sus manos toda la actividad comercial y bancaria del país, se han enriquecido en términos escandalosos. Porque según *The Economist*, de Londres, existen, cuando menos, unos doscientos capitostes del régimen que detentan cuantiosos capitales, al resguardo en bancos extranjeros. En contrapartida, una población de 19 millones de habitantes envía un millón de emigrantes a los países del Mercado Común. Es un exponente, entre otros, del fracaso del ponderado «titoísmo», que no ha podido—ni podía—conciliar en lo político conceptos antagónicos, como son libertad y comunismo, «gestión autónoma» y «comunidad socialista» en lo económico.

Por ello, dada la imposibilidad de sentarse entre dos sillas, ha sonado la hora de la opción. En lo interno, el presidente Tito ha optado por un endurecimiento al estilo checoslovaco, pero sin fuerzas del Pacto de Varsovia, aunque en su citado discurso haya negado que se tratara de «métodos duros», sino de «firmeza ideológica». De otra parte, a pesar de que en esa circunstancia Tito dijera que «Yugoslavia ya no volvería bajo las alas de la Unión Soviética», las circunstancias imponen buenas componendas con ese país, presente en las fronteras yugoslavas por países satélites interpuestos, en particular Bulgaria con su esporádica reivindicación de Macedonia. El viaje de Breznev a Belgrado en septiembre de 1971 y el de Tito a Moscú el pasado junio, tanto como síntomas de mejores relaciones soviético-yugoslavas, son indicios de que el puntal de la República Federativa Popular de Yugoslavia estima

que el horno de su país no está para bollós, sino para avenencias. Sin duda, queda en pie la doctrina de la «defensa popular» y las aparatosas maniobras «Libertad 71»; pero las tensiones internas e incipientes movimientos centrífugos aconsejan no someterla a prueba. Tampoco cabe contar demasiado con un ejército en el que se agazapa un sector pro soviético y en el que no faltan generales croatas; luego dudosos partidarios del federalismo centralizador que ha vuelto a imperar en Yugoslavia. Cinco de ellos fueron destituidos poco antes de que falleciera hace unos meses, en forma no del todo clara, el jefe del Estado Mayor, Víctor Bubanj, que era croata.

Tan intrincados vericuetos no estorban a la URSS para avanzar pausadamente en son de paz y amistad. El 2 de noviembre pasado se firmó un acuerdo por el que la URSS concede un crédito de 540 millones de dólares para «la extensión y modernización de la industria yugoslava». Otros créditos soviéticos se destinaron a construir el ferrocarril—o vía estratégica—de Belgrado a Bar, puerto, de momento, secundario de esa sucursal del Mediterráneo que es el Adriático. Bar está situado cerca de Albania. No resulta, por tanto, descabellado que ese país, amigo y aliado de la lejana China Popular, trate, al parecer, de acercarse a los Estados Unidos, por si acaso...

EL VIAJE A PARÍS DEL CANCELLER BRANDT

Matando dos pájaros de un tiro, el viaje a París del canciller Brandt de los días 22 y 23 de enero le ha permitido celebrar las conversaciones periódicas franco-alemanas y conmemorar el décimo aniversario del Tratado de Cooperación entre los dos llamados «enemigos hereditarios». La fórmula es un tanto peregrina. «La amistad franco-alemana cuenta con razones tan viejas y tan legítimas como la oposición entre ambos pueblos». Como sea, el Tratado de París, obra de De Gaulle y Adenauer, pretendió ser pieza fundamental del equilibrio europeo. No lo ha logrado en la medida deseada, pero más de lo que vaticinaban los pesimistas, que acaso no tomaron en cuenta la importancia del factor económico para ensamblar a los dos países, ya vinculados en la CEE, cuya capacidad aglutinante neutraliza en no escasa medida lo centrífugo de los factores políticos.

Aunque actualmente estén agostados los ríos de la elocuencia clásica, no por ello han enmudecido los gobernantes. De suerte que no escasearon en París los discursos y declaraciones, en los que se exaltó la amistad franco-

germana y se soslayaron los escollos, que son las divergencias de fondo entre los dos países con relación a los grandes problemas a escala europea y mundial. Sin embargo, era la meta europea la que perseguían los dos vecinos en el marco de un Tratado en el que De Gaulle puso la esperanza de que estorbaría el acercamiento germano-norteamericano, a un tiempo que consolidaría una comunidad estrictamente europea, de la que quedaría indefinidamente excluida Gran Bretaña, que estimaba ser el caballo de Troya de los Estados Unidos en Europa. No se les pasó por alto a los políticos germanos la secreta intención que entrañaba el Tratado de Cooperación franco-alemana. Tal se deduce de la petición formulada por el Bundestag de que figurase en el mismo un preámbulo en el que constara que el acuerdo estaba «determinado a mantener y fortalecer el entendimiento entre los pueblos con una cooperación particularmente estrecha entre Europa y los Estados Unidos». Por consiguiente, ni siquiera inicialmente, el Tratado de Cooperación logró distanciar a Alemania Federal de los Estados Unidos. Más adelante, singularmente con motivo de la crisis del dólar y las medidas adoptadas por Bonn para salvaguardarlo cuanto fuera posible, se ha visto a las claras la voluntad alemana de no arrojar a las tinieblas exteriores a su gran aliado y más eficiente garante.

Por lo demás, aunque el Tratado de Cooperación haya atenuado divergencias y acortado distancias entre Francia y Alemania—sobre todo en lo secundario—, no ha podido evitar criterios dispares del concepto de Europa y su futuro. Así, a la muy concreta «supranacionalidad», que encandila a Bonn, se opone «la Europa de las patrias», y actualmente la «de los Estados» del presidente Pompidou, que con más flexibilidad y astucia que su predecesor le sigue los pasos en materia de política europea y en muchos puntos en política exterior gala. De hecho, la primera divergencia de bulto entre París y Bonn se puso de manifiesto cuando el general De Gaulle dispuso la retirada de la flota francesa del dispositivo de la OTAN; más adelante, cuando se opuso a la creación de una fuerza multinacional, y seguidamente, cuando Francia hizo fracasar la conferencia sobre el financiamiento del Mercado Común agrícola. La desavenencia culminó con la retirada de Francia de la OTAN en 1966, por cuanto, además de un solapado enfrentamiento con el «atlantismo» alemán, planteaba a Bonn un problema jurídico. En efecto, las fuerzas galas estacionadas en Alemania al socaire de la OTAN pasaban a ser fuerzas de ocupación. El problema se resolvió mediante un acuerdo bilateral que Bonn procura no sacar a relucir, por ser un tanto

anómala la situación de que gozan las fuerzas francesas en Alemania. Además del descontento provocado en Alemania Federal por el doble veto francés al ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común, cabe recordar el nulo interés del canciller Kiesinger en 1968 para actuar sobre el marco a fin de sacar al franco del atolladero. Ciertamente, en materia de política exterior en el ámbito europeo, existe aparentemente perfecta armonía entre la política gala de bogar poco menos que con las velas desplegadas hacia el Este y la *Ostpolitik* del canciller Brandt. No obstante, con su carrera en pelo hacia el Este, Brandt ha privado a Francia de desempeñar el papel de mediadora entre los dos bloques con que soñara De Gaulle.

Por supuesto, no se mencionaron en París las divergencias, una de las cuales es en la actualidad el entusiasmo con que Bonn se disponía a asistir a la Conferencia de Viena de reducción de fuerzas en Centroeuropa, de la que Francia había de estar ausente. Con todo, una ojeada a los textos de los discursos pronunciados revela enfoques distintos de los problemas capitales. Mientras el presidente Pompidou estimó que «el entendimiento entre Francia y Alemania... es indispensable para cualquier progreso por la vía de la unión europea... el desarrollo y la cooperación *entre todos los países de un extremo a otro de Europa*», el canciller Brandt replicó que «la unión europea puede ser un potencial de paz al coincidir sus intereses con los *de la más amplia unión atlántica*». Es de presumir que en las conversaciones entre los ministros de Asuntos Exteriores Schumann y Scheel se fijaron las respectivas posiciones con relación a la gran negociación comercial prevista para el próximo otoño con los Estados Unidos. Ello habrá permitido apreciar la divergente orientación de Francia y Alemania Federal. Asimismo se habrá confirmado la discrepancia radical frente a la conferencia sobre el equilibrio militar en Europa, sin mencionar, por obvio, el futuro de la unión económica y monetaria que Francia no tiene realmente prisas en poner en marcha. Es que, como la sogá sigue al cubo, más allá de esa unión está la unión política —y, por ende, militar—, a la que Francia está cerrada de banda.

De ahí que, pese a lo cordial del encuentro Pompidou-Brandt, puedan deducirse conclusiones que rebajan un tanto el optimismo oficial y de los medios informativos. Son éstas que la amistad y cooperación franco-germana no parece ser el firme cimiento de la Europa de los Nueve; que mientras Alemania desea crear sólidos lazos políticos entre los miembros de la Comunidad, Francia sigue firme en su decisión de independencia; que mientras

Alemania pretende establecer con Estados Unidos relaciones amistosas y mantener a Europa unida, equidistante de las dos Superpotencias, Francia da la impresión de ajustar su política al famoso «del Atlántico al Ural», excluyente de los Estados Unidos e incluyente de la URSS.

CONVERSACIONES EXPLORATORIAS EN VIENA

El pasado 16 de noviembre, Walter Scheel, ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal, anunció que su país había recibido mandato para cursar una invitación a la URSS, Polonia, Hungría y Checoslovaquia, a fin de celebrar el 31 de enero de 1973 conversaciones exploratorias sobre la reducción mutua y equilibrada de fuerzas en Centroeuropa. La misma invitación se dirigía a la República Democrática Alemana, pero no así a Rumania y Bulgaria, que no tienen tropas extranjeras en su territorio. No obstante, estos países están representados en Viena como miembros del Pacto de Varsovia. El día siguiente, un comunicado de la OTAN dio a conocer la decisión de iniciar esas conversaciones por parte de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y los países del Benelux, o sea, de no todos sus miembros, aunque, finalmente, los miembros de la OTAN, al completo, incluido Portugal, estuvieran presentes en Viena el 31 de enero.

Salía de un largo período de reflexiones, vacilaciones y cubileteos una propuesta inicialmente formulada por Molotov en 1954 y reiterada en 1966 por los países del Pacto de Varsovia, pero que sólo se refería a una «reducción de fuerzas en la Europa central». Era una expresión un tanto vaga. Los occidentales la concretaron, agregando en Reykjavik en 1968 «mutua y equilibrada». De ahí la sigla anglosajona de MBFR—Mutual Balanced Forces Reduction—, airadamente rechazada por los países del Este en Viena, al extremo de que ha desaparecido de los rótulos, aun cuando, por rutina y comodidad, la siga utilizando el mundo occidental. De otra parte, por mucho que la República Federal figure como artífice de la puesta en órbita de unas negociaciones que complementarían la *Ostpolitik*, en realidad son consecuencia de algún acuerdo oficioso entre Washington y Moscú, que, entre bastidores, llevan la batuta en esta y otras cuestiones. En efecto, por razones distintas pero concurrentes, las dos Superpotencias apuntan a reconsiderar sus compromisos en Europa. Hace ya algún tiempo que Estados Unidos han anunciado su intención de reducir su presencia convencional en el viejo Continente, aunque no la nuclear estratégica y táctica. El escaso entusiasmo

de los países europeos por compensar esa reducción de fuerzas con un aumento de las propias no dejaba otra alternativa que negociar con el Este y buscar un acuerdo, por cuanto, aun a falta de tal acuerdo, los Estados Unidos reducirían el nivel de su presencia en Europa. Es decir, que los países europeos están un poco entre la espada y la pared en las conversaciones exploratorias de Viena.

Es una dificultad que se agrega a la dificultad intrínseca de una negociación posterior, que, en primer término, ha de salvaguardar, pese a una «reducción mutua y equilibrada» de fuerzas de ambos bandos, la seguridad real de que gozan los países de la Alianza Atlántica desde 1949. El Consejo del Atlántico Norte, celebrado en Roma en mayo de 1970, destacó este aspecto esencial de la cuestión al señalar que la MBFR había de ser «compatible con los intereses vitales de la seguridad de la Alianza», que, por supuesto, no se trata de dismantelar, aunque se le meta un poco la piqueta. Se impone, pues, cuán intrincadas son las conversaciones de Viena, en las que es preciso no sólo valorar la cantidad y calidad de armamentos y efectivos, sino la importancia estratégica de la localización de las fuerzas armadas. Una división estacionada en Estados Unidos representa menos para la Europa central que un batallón soviético asentado en la frontera con Polonia, por ejemplo. Ello se impone, por mucho que la URSS y sus acólitos multipliquen los argumentos, tendentes a negar semejante evidencia, arremetiendo en particular contra las bases norteamericanas en áreas europeas otras que la de Centroeuropa, que consideran las conversaciones exploratorias.

De hecho, para desembocar en un acuerdo, más que expertos y técnicos se precisan sinceridad y buena fe, o sea que ambas partes desistan de perseguir un predominio político o militar. Y es aquí precisamente donde surgen los celos por poco que se considere la trayectoria internacional de la URSS, potencia de primer orden con plena conciencia de serlo, extremo éste que no impulsa a ningún país a darse por satisfecho con lo ya conseguido. Si la justificación del Tratado del Atlántico Norte fue poner coto a la expansión soviética y al incremento de su potencial militar, no cabe estimar que se ha logrado el propósito. Por el contrario, cierto que, a la zaga de los Estados Unidos, la URSS no ha aflojado su desarrollo militar y naval, que, por conferirle una posición de fuerza, le permite sacar ventajas políticas. Tal admitió Leonid Breznev en el XXIV Congreso del Partido Comunista de la URSS al decir: «Fortalecer el Estado soviético es fortalecer sus fuerzas armadas», aunque afirmó que sólo se pretendía «incrementar por todos los

medios el potencial defensivo de nuestro país». La presencia naval soviética en todos los mares del globo lleva a poner en duda una exclusiva preocupación defensiva del territorio soviético, en tanto que la flota soviética en el Mediterráneo es demostración práctica de que una fuerza militar no utilizada puede lograr objetivos políticos que no consigue a veces la guerra, como ha sucedido en Vietnam.

Uno de tales objetivos podría ser un gradual despliegue de fuerzas al oeste y sur de Europa, que situaría en los flancos de la OTAN parte de las fuerzas retiradas de Europa central, en cumplimiento de acuerdos suscritos. Tal vez no fuera casualidad que los países de esas áreas—Noruega, Dinamarca, Italia, Grecia y Turquía—demorasen comunicar su intención de estar presentes en las conversaciones exploratorias de una negociación que podría no favorecer su seguridad. En Viena la URSS ha reclamado su participación efectiva en las conversaciones, posiblemente en el afán de transferir a la indennominada conferencia de reducción de fuerzas el problema militar, implicado en el de la seguridad, que se considera cautelosamente en Helsinki, lo que obstaculiza la decisión de que se celebre la Conferencia de Seguridad y Cooperación europea por la que pía Moscú. A estas alturas, cuando se prosiguen y complican las conversaciones de Viena, sería aventurado afirmar que la URSS, dada su capacidad trapisondista, no logrará lo que se propone, es decir, reunir a todos los países de Europa, pertenezcan o no a algún bloque, en una conferencia de reducción de fuerzas que podría durar años y años, singularmente de llegarse a un acuerdo en la Conferencia de Seguridad y Cooperación.

Por su parte, Francia, consecuente con su postura antibloques, queda al margen de las conversaciones de Viena; pero, haciendo de Casandra, advierte de sus peligros. Quizá Gran Bretaña comparta su criterio, si bien no podía eludir su participación en una iniciativa condicionada por la decisión norteamericana de jugar la carta de la coexistencia pacífica y la cooperación, que, en definitiva, tiende a favorecer a la URSS.

LAS CONSULTAS MULTILATERALES DE HELSINKI

Sacada a la palestra en 1954 por la URSS, de nuevo propuesta en julio de 1966 por los países del Este, como parte de una maniobra tendente a dejar bien sentados los propósitos pacíficos del campo socialista, la Conferencia de Seguridad y Cooperación europea se quedó un poco adormecida

hasta que en 1969 Moscú se tomara en serio el proyecto. Es que en 1969 el interés de la URSS por esa conferencia era reflejo de una situación nueva: crisis en el ámbito de influencia soviética y en los diversos partidos comunistas, como consecuencia de la invasión de Checoslovaquia; recrudecimiento de la tensión con China Popular y graves dificultades económicas, que todavía no se han superado. En cuanto gran potencia, le convenía y conviene a la URSS llegar a un entendimiento con el mundo occidental, aunque salga un tante malparada en su papel de dirigente de la revolución mundial, de unos años a esta parte atenuado en los hechos, pese al irrenunciable mesianismo marxista-leninista verbal. Por lo tanto, la URSS ha desistido de «disuadir» a los Estados Unidos, que no pensaban atacarla, pero que a su vez se esforzaban por «disuadir» a la URSS, que tampoco planeaba arremeter con ellos. Es decir, que, por sus pasos contados, las dos Superpotencias han actuado para salir del círculo vicioso de mutuas disuasiones y carreras armamentistas, económicamente ruinosas y militarmente superfluas. Además, resuelta la cuestión de Berlín por acuerdos cuatripartitos, firmados y ratificados los tratados de Bonn con soviéticos y polacos, definidas las relaciones entre las dos Alemanias, afianzada la coexistencia soviético-norteamericana por los acuerdos de Moscú, interesaba a la URSS rizar el rizo en Europa para cuidarse de su único verdadero enemigo: China Popular. En lo que a Europa respecta, y más concretamente a los países de la OTAN, también se imponía la conveniencia de adecuar la situación a perspectivas de futuro, que sugieren no ampararse totalmente en el protector norteamericano, decidido a volver a casa para ocuparse de sus problemas. Es decir, que los obstáculos que impedían que el Oeste y el Este dialogaran han caído uno tras otro hasta hacer posible las negociaciones preliminares de la tan traída y llevada Conferencia europea.

Iniciadas en Helsinki el pasado 22 de noviembre, interrumpidas por largas vacaciones navideñas, ha finalizado el 9 de febrero la segunda fase de esas consultas multilaterales, que, aparte de los «atlánticos» Estados Unidos y Canadá, por vez primera desde 1915 reúne en torno a una mesa de negociaciones a todos los países de Europa, incluido el Vaticano y con excepción de Albania, que, borrada del mapa político por los turcos hasta 1912, no estuvo presente en aquella histórica circunstancia. Aunque debido a la forma en que se han planteado los largos y en ocasiones confusos debates de los tanteos de Helsinki, no se haya fijado todavía el orden del día—no más que la fecha y lugar de celebración de la Conferencia propiamente dicha—,

es poco dudoso que se vaya a pique. Admitida su celebración, puede adelantarse que no se reducirá a una confrontación entre dos bloques bien definidos, susceptibles de desembocar en un compromiso entre dos tesis contrapuestas. En efecto, uno de los extremos a destacar es que en Helsinki, pese al aparente monolitismo del bloque comunista, se ha impuesto que en él se registran conceptos de la seguridad que no se identifican exactamente con el sustentado por la URSS. Es consecuencia de cambios en la situación política en Europa, que permite a la República Democrática Alemana ser menos dependiente de la URSS, como le sucede a Polonia, una vez aseguradas sus fronteras por el Tratado con Bonn. Aunque Hungría sea objeto de chalaneos en Viena—se excluye de la negociación o se sacan a relucir las fuerzas norteamericanas estacionadas en Italia—, ese país es de hecho el menos alineado de los llamados satélites en materia de política interior y economía. Por muy escarmentada que esté Checoslovaquia, no ha dejado en Helsinki de hacer pinitos por el camino de la independencia. Bulgaria no ha seguido el discreto ejemplo. Rodeada de «enemigos tradicionales», se agarra a la URSS, garante de sus fronteras y eventual alentadora de sus reivindicaciones territoriales. En cuanto a Rumania, ha aprovechado al máximo la oportunidad de insistir en su tesis favorita, que es la disolución de los bloques.

Por consiguiente, considerada la conferencia preparatoria de Helsinki en su vertiente Este, se impone una situación que tiende a ser multipolar y que no permite a la URSS una maniobra coherente y disciplinada que hubiera entrañado peligros para el mundo occidental. Harto tendrá que hacer para impedir que la confusión cunda en sus filas y brinde a los occidentales la posibilidad de invadir ese terreno de la «seguridad», que la URSS pretende acotar a su conveniencia. Tal pregonan los esfuerzos del delegado soviético para convertir la seguridad en un concepto desligado del aspecto militar, que lógicamente entraña la palabra en un contexto político. No es casual que la URSS haya tratado de traspasar a las conversaciones sobre la reducción de fuerzas el aspecto militar de la cuestión y convocar a todos los países de Europa a las mismas. De haberlo conseguido, se apartaban los escollos militares de la Conferencia europea. Entonces podía llegar rápidamente a puerto, confirmando el *statu quo* político existente en el viejo Continente, que es el objetivo fundamental que persigue la URSS.

En definitiva, por menguados que sean los resultados prácticos alcanzados en Helsinki al finalizar la segunda fase de las consultas multilaterales, supo-

nen un saldo positivo. Por vez primera, todos los países europeos, cualquiera que sea su régimen y situación con relación a las dos Superpotencias, han tenido la oportunidad de «verse las caras», de tomar contacto y saber lo que desean o quieren, que no es poco. Finalmente, expuestos los puntos de vista y criterios por los respectivos delegados, corresponde a los gobiernos hacer saber qué aceptan y qué rechazan. Ello implica tomarse un respiro para reflexionar y decidir, lo que ha provocado la suspensión de las negociaciones preliminares. De otra parte, no parece aventurado estimar que la decisión de los gobiernos será seguir adelante, por no desaconsejarlo el rumbo que han tomado esas negociaciones preliminares, que, en definitiva, no han dado de sí menos de lo que podía esperar un optimismo sin grandes ilusiones.

HUSSEIN, EN WASHINGTON

El viaje a Estados Unidos que el rey Hussein emprendió el 4 de febrero ha despertado vivo interés en los medios informativos, que dieron por sentado que los ministros de Asuntos Exteriores y Defensa de los países árabes, reunidos en El Cairo a finales de enero, le habían confiado la misión de defender en Washington la causa árabe. Oficialmente no hay noticias de que el rey Hussein sea el portavoz del mundo árabe, una vez sobreesido el expediente que la mayoría de los Estados árabes le abrieron a raíz del aplastamiento de los guerrilleros palestinos de Jordania en septiembre de 1970. Pero oficiosamente se evidencia que Hussein ostentaba la representación de cuantos se vieron implicados en el conflicto de 1967. De cara a Washington, ha sido un acierto confiarle la tarea de romper cuanto sea posible el cordón umbilical que une a los Estados Unidos y su vástago israelí. Es bien sabido que el rey Hussein es el más occidentalizado de los jefes de Estado árabes y el menos inclinado a aventuras bélicas, ya que «de los escarmentados nacen los avisados». Además, siempre y cuando se diera con una fórmula que no desvinculara totalmente la Cisjordania del antiguo reino de Transjordania—cuya unión constituye la actual Jordania—, se resignaría a que Israel se consolidara en antiguo territorio de Palestina. Todas estas razones lo hacen persona grata para la Administración norteamericana. Finalmente, su viaje coincide con un renovado afán norteamericano de «pacificar y estabilizar el Cercano Oriente», según dijo el secretario de Estado William Rogers en discurso pronunciado el 17 de enero en banquete de despedida al embajador israelí en Washington. Seriamente recortado su ámbito de acción por el

supersecretario oficioso pero efectivo, Henry Kissinger, se ha quedado al titular del Departamento de Estado el hueso por roer del Cercano Oriente. La concentración mental en un solo punto de la política exterior norteamericana no ha desarrollado su imaginación. El esfuerzo diplomático que se aprestan a hacer los Estados Unidos para lograr una solución de paz entre árabes e israelíes parecen centrarse en llegar a un acuerdo para la reapertura del canal de Suez. En definitiva, William Rogers desempolva el plan Rogers de 1970, basado en «un arreglo parcial», o sea en una trampa en la que no cayó Egipto por cuanto la dulzona fórmula permitía a Israel seguir campando por sus respetos en la casi totalidad de los territorios ocupados, contraviendo la resolución del Consejo de Seguridad de 22 de noviembre de 1967. En cuanto al alto el fuego existente en la zona del canal, con trabajo puede apuntarse entre los éxitos de la diplomacia norteamericana, por ser consecuencia lógica de la un poco desconcertante política del presidente Sadat, en delicado equilibrio entre la opción por la lucha armada y la negociación. Acaso tal ambigüedad se fundamente en la esperanza de que los Estados Unidos, deliberadamente o presionados por sus intereses, reconsideren su postura de defensa a ultranza de Israel, aspecto de la política exterior estadounidense que convierte a las más fervientes palomas de la guerra del Vietnam en airados halcones. Pero ¿quién sabe si la paciente espera del presidente Sadat no será a la larga un acierto?

En todo caso, con mandato de los países árabes o como mera gestión en favor de Jordania—que el año pasado recibió una ayuda de 50 millones de dólares y armamento de los Estados Unidos—, el viaje del rey Hussein se evidencia oportuno, aunque durante su entrevista con el presidente Nixon y sus conversaciones con William Rogers, según altos funcionarios de la Administración norteamericana, no haya surgido ninguna nueva solución sobre el conflicto del Cercano Oriente. No es disparatado abrigar dudas sobre el particular, ya que no conviene sugerir algún acercamiento norteamericano-árabe susceptible de encocorar a Golda Meir, que se dispone a viajar a Washington el 1 de marzo.

La hipótesis de que el rey Hussein no ha encontrado en los Estados Unidos los habituales oídos de mercader para las justas demandas árabes, que son la aplicación de la manoseada e incumplida resolución de 1967, como primera providencia para tratar de la paz, se basa en la existencia de un nuevo factor en el conflicto árabe-israelí. Aparte de la ayuda militar otorgada a Hussein—dos escuadrones de cazas de reacción—y la no mencio-

nada, pero muy probable, ayuda a secas en dólares, aunque sean devaluados, hay que recordar el propósito declarado por el rey Hussein al emprender viaje: «el de impulsar a la Administración Nixon hacia un esfuerzo para alcanzar una paz basada en la justicia». Todo lleva a pensar que para lograr este objetivo el rey Hussein contaba con otros elementos que su estricta dialéctica. Nos referimos a la conveniencia para los Estados Unidos de desarrollar buenas relaciones, más que con el conjunto árabe, con aquellos Estados que detentan el 70 por 100 de las reservas petrolíferas del globo; ello en razón de la llamada «crisis de energía» iniciada en aquel país aun antes de que se cumpla el plazo señalado ante el Congreso por la Comisión para la defensa de la producción, según la cual en 1985 Estados Unidos habrán de importar el 55 por 100 del petróleo que consumen. «Muy largo me lo fiáis», cabe decir. De hecho, el cierre en masa de escuelas y plantas industriales en el medio Oeste por falta de combustible y la perspectiva de racionamientos de gasolina a escala nacional, señalados por el corresponsal de *ABC* en Washington, José María Massip, demuestran que si la necesidad por parte árabe de vender su petróleo ha sido utilizada por los Estados Unidos para no atenderlos debidamente, la necesidad que ahora apunta para los Estados Unidos de comprar petróleo los obligará a dejarse de lenitivos planes Rogers o sucedáneos y apegarse a una auténtica solución del problema del Cercano Oriente. Esta no es otra que llevar a Israel a ponerse en razón. En la actualidad, pese a desahogos verbales destinados a las masas, los árabes, y singularmente Egipto, se muestran prudentes y expectantes. No corean las acciones terroristas de «Septiembre Negro». Apelan sin cansarse a la autoridad de las Naciones Unidas. Sólo la terca negativa israelí impide un acuerdo total. Pero el tiempo no trabaja en favor de Israel, que ha sufrido serios desaires diplomáticos en países africanos y está cansando a la opinión mundial. Un mero recorte en el apoyo financiero y militar norteamericano modificaría seriamente su posición intransigente. A estas alturas nadie puede afirmar que no corre ese riesgo. Las barbas del presidente Thieu son tema de provechosa meditación.

C. M. E.